

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUCIGALPA: 15 DE AGOSTO DE 1903

NUM. 43

Marginales

(...un libro de Dolor

y de Lujuria)

ESTE volumen enigmático, de páginas neiviosas y envenenadas y de amplias márgenes violetas, abre en los espíritus un hondo surco. De sus rimas fulgentes exhálese un hábito de amargura insólito y funerario. Tal libro pare e escrito con sangre. Las enormes iniciales escarlatas sugieren ideas de muerte. Son mayúsculas extravagantes y simbólicas, con raras dibujos macabros. La fantasía lunática del dibujante interpreta, de admirable manera, el pensamiento atormentado del poeta maldito. ¿En qué lago de hiel y de sangre abrevó éste su sed de dolor so ideal? ¿En qué abismo de horror hundió la desgredada cabeza, sacándola llena de serpientes? ¿En qué terrible espectáculo se anegaron sus ojos y de qué estupenda angustia se llenó su corazón para que pudiera dejar eternamente grabadas estas imágenes únicas que se estremecen en las páginas con una vida fantástica?

De seguro—pensé—ese hombre extraordinario pasó su juventud asomado al vacío de una tumba. Vagó, en las noches de luto, entre la bruma helada, sintiendo su testa florecida de canas. Llevó á su paso por la tierra, la ironía en el rictus de su boca, el dolor sobre la frente y la piedad en las pupilas sin lágrimas. Una pena inaudita estuvo á punto de petrificarle ó de hacerle perder la razón. Y solamente pudo salvarle la fuerza prodigiosa de su raza ó el vigor de su espíritu. Tras un rápido vértigo pudo alzarse, sereno y joven, y lleno de una sabiduría inmutable. Y fué entonces cuando escribió su gran poema de blasfemia, su poema férreo de versos angélicos.

Luego pensé en el dibujante. . . .

..Algún monje pálido de manos de marfil y de oscuras ojeras. Algún fraile virgen y visionario, mordido por el sufrimiento y el deseo, presa de alucinaciones frenéticas. Veíalo—en mi esfuerzo mental—llorar de alegría al encontrar el manuscrito del libro singular, y anegado en su acre aroma de pecado, pensando en el tormento del poeta fraternal, ilustrar las paginas con milagrosos dibujos, oculto de sus compañeros tras los altos altares ó en el silencio de su celda, en la callada media noche. Veíalo á la lumbre amarilla de un cirio, trémulo y cadavérico, brillando en sus extraños ojos un fuego diabólico, quemándole las venas el demonio del goce fornicario, dibujar febrilmente con mano inspirada rojas escenas de candente lascivia, hórridos actos de sexualidad y de locura, lívidas visiones de terror y de muerte.....

El libro se editó medio siglo más tarde, bajo la dirección de un rey artista, divinoamente que amó las cosas blancas y las músicas hondas y que en un día de tedio fué á buscar una sirena de inefable hermosura en el fondo de un lago de aguas azules. .

Como entre el horror dantesco de las figuras brilla raramente algún claro dibujo angélico, alguna diáfana imagen—como una casta sonrisa en un rostro de sátiro—pensé encontrar en la página final del volumen estupendo un amoroso símbolo que borrara del ánimo del lector la impresión trágica, el escalofrío funerario. . .

Con este vago anhelo doblé la última hoja; y ví el epilogo negro:

bajo el sombrío cielo, sobre la tierra sangrienta, al fulgor de oro de la luna, una pareja humana yacía en un espasmo de dolorosa lujuria. .

Y u alrededor danzaban los espec-

FROILAN TURCIOS

Prometeo

I

Sobre negros corceles de granito,
á cuyo paso ensordeció la tierra,
hollando montes, revolviendo mares,
al viento el rojo pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes,
fueron en horas de soberbia loca,
á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
dispersando nublados y aguilonés,
ya heridos de pavor los astros mismos
en confusión horrible,
como yertas pavesas descendían
de abismos en abismos;
y el tiempo que dormía
en los senos del bátrato profundo,
se despertó creyendo que llegaba
la hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
y la turba frenética avanzaba
con ronca vocería,
cuando Jove asomó: vibró en su mano
el rayo de las cóleras sangrientas,
rugió en su voz el trueno del estrago
y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los junetes
en los negros corceles de granito;
redoblaron su saña
arrojando á los pórticos del cielo
con insultante grito
pedazos de montaña,
y volcaron los mares
para apagar en la soberbia cumbre
los rojos lumináres.

Pero Jove, iracundo,
blandió sobre sus frentes altaneras
el hacha del relámpago que hiere
como á una vieja selva las esferas:
á su golpe profundo,
vacilaron montañas y titanes;
y bajó el torbellino,
heraldo de su gloria,
con la negra cimera de huracanes,
á anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
en espantoso vértigo á la tierra;
no volverá á flamear en las alturas
su pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
del abismo en las lóbregas entrañas;
y Jove, veugativo,
convirtió los corceles de granito
en salvajes é inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de batalla
de algún titán caído
al golpe del relámpago sangriento,
se destaca sombrío

con el cuello estirado, cual si fuera
á beber en el cauce turbulento
del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
y entre el espeso matorral de rocas,
que fueron la melena sudorienta
donde cuelgan las nubes vagabundas
sus desgarradas tocas
y en la noche descendiende
á dormir fatigada la tormenta,

Tendido está el gigante,
que amarraron los ciclopes soberbios
tras larga lucha fiera
con templadas cadenas de diamante:
aun su pecho jadea
como cráter hirviente;
y cada vez que se retuerce inquieto,
el sol vela su frente,
y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
rojas hogueras que atizó el encono,
antorchas funerarias de la noche
de su eterno abandono.
Y no es un grito humano
lo que exhala su pecho
—que no tiene el dolor tan rudas notas—
es el estruendo del volcán que estalla,
el grito del torrente en la espesura,
choque de aceros y corazas rotas
en el fragor de la feroz batalla!

Sólo el Ponto responde á los rugidos
que lanza en su desvelo
y llama en su socorro con voz lúgubre
á las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
quiere arrastrar consigo á la ribera,
y la ribera sorda
escapa de sus brazos,
dejándole en la lucha misteriosa
de su veste de junco los pedazos!

En vano, el Ponto grita
y se endereza embravecido y fiero.
Él es también gigante encadenado!
Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
para atarlo en perpetuo cautiverio.

El titán no se abate!
Es que el dolor enerva á los pigmeos
y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
y más ruda su saña;
sí añoja un eslabón de su cadena,
un martillo invisible lo remacha
sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
al salvaje festín de su martirio,
vienen los cuervos en revuelta nube;
verdugos turbulentos,

que Júpiter envía enfurecido
á desgarrar la entraña palpitante
de su rival temido.

Suelta el titán los brazos
en actitud cobarde y dolorida
al sentir su frenética algazara;
parece que cayera anonadado
bajo el horrible peso de la vida.
¿Qué maza lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
Es que después del rayo de los Dioses
viene á escupirle el rostro la cañalla!

Así en la larga noche de la historia
bajan á escarnecer el pensamiento,
á apagar las centellas de su gloria
con asqueroso aliento,
odios, supersticiones, fanatismos;
y con ira villana,
el buitre del error clava sus garras
en la conciencia humana!

“¡Oh Dios caduco! grita
el titán impotente:
como esta negra carne que renace
bajo el pico voraz del cuervo inmundado,
renacerá fulgente
para alumbrar y fecundar el mundo
la chispa redentora
que arrebaté á tu cielo despiadado,
germen de eterna aurora
del caos en las entrañas arraigado!

“Desata, Dios caduco,
la turba ladradora de tus vientos;
sacude los andrajos de tus nubes,
y acuda á tus acentos
la noche con sus sombras,
con montañas de espuma el Oceano,
no apagarán la luz inextinguible
del pensamiento humano!

“¿Qué importa mi martirio,
mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provocho,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
el mártir de tu encono,
siente tronar la ráfaga tremenda
que va á tumbar tu trono?

“Tres siglos no he dormido;
tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
al sentir mis lamentos,
ni nube, que al pasar no haya vertido
en la copa de aromas del ambiente,
una gota de llanto
para mojar mi frente.

“Cuatro veces he llorado,
y el raudal de mis lágrimas heladas
corrió por la ladera
con ruido de cascadas.
El Araxa sombrío,
dragón de negras fauces,
que se calienta al sol en la pradera,
es hijo de mis lágrimas. Por eso
lanza gritos tan hondos,
y atrae cuanto acerca á su ribera.

“De vez en cuando, siento
sollozos de mujer á la distancia:
es Hesione, la mártir, que se queja
en el fondo del valle abandonada,
las águilas del Cáucaso que pasan
y la nube bermeja,
que recibió en la faz ruborizada
el ósculo del sol en el Ocaso,
le cuentan mi martirio
y me traen el m n j de su pena
el men j tierno; mo qu escucho,
sacudiendo mi bárbara cadena!

“¿Qué importan tus tormentos,
tus tormentos de siglos, Dios airado,
si en la lengua sonora de los vientos
me trasmite los himnos de su alma,
como el viento del año abrasado
el pólen de la palma
¿Si en el trémulo seno,
como yo en los nubes rron
lleva el plomo
el feto colosal de las naciones?

“Desata tus borrascas!
Lanza á los aires tu bridón de llama,
caduco soberano,
y despliega en los cielos tenebrosos
tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano;
soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte
de tu trono de nubes:
EL TITAN COMO AL DFLP NSAMIF TO!

“Ayer, la tierra muda
flotaba en los bosques de la nada
como una urna vacía
el oplo del rabndon da
y en sus hondas y frias cavidades
sólo el eco se oía
del monólogo eterno de las sombras,
y el rumor de las roncadas tempestades.

“Hoy la tierra está viva: alguien habita
el fondo de los mares;
germen de vida y juventud lptita
en las buecas de acacias y corales
No es el viento que me en la mañana
de las selvas sonoras;
ruido de alabado y en el cielo
parece que revientan
semilleros de auroras!

Júpiter: aturdido con tu gloria,
embriagado de orgullo,
no sientes en los senos del abismo
lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
en el nido de nieblas del vacío,
de misterioso enjambre el aleteo,
cual si bandas de estrellas ensayasen
un plumaje de tu para lanzarse
lucir en el campo del espacio
su espléndido atavío!

Aquella tierra muda
aqueel eterno esclavo peregrino
que lanzaste sin rumbo
en las jornadas del destino

ya no va esviloso,
temblando del rumor de su pisada,
lleva la frente erguida
de misteriosa aureola circundada!

"Hay luz y voz en ella:
es flor recién abierta,
cuya blanca y espléndida corola
tiene el perfume agreste de las cumbres
y el latir convulsivo de la ola;
en breve de su seno
volarán las ideas
—mariposas de luz del pensamiento—
y asombrarán al mundo con sus alas,
más sonoras que el viento!"

"Ellas me vengarán, Jove caduco:
serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
semillas de volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
redobla mi tormento;
que ya viene el titán que ha de vengarme:
EL TITAN INMORTAL DEL PENSAMIENTO!"

Dijo y calló: no ya desesperado,
torva la faz, revuelta la pupila,
suso grave, sereno, resignado,
como quien sin vencer, sabe que es auya
la victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa
alumino su frente,
débil chispa encendida
en helados montones de ceniza!

III

No volvió a retumbar en la montaña
el grito del titán retando al cielo;
ni temblaron las nubes, ni los astros
detuvieron su vuelo
para mirar la bárbara batalla;
ni el negro Ponto amotinó sus ondas
crispado y convulsivo,
para arrancar de su prisión eterna
al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre
que habitó el huracán encadenado;
y descendió el Araxa gemebundo
con torpe pesadumbre,
á arrastrarse callado en la llanura,
como del alma en el profundo cauce,
desatan en silencio los recuerdos
sus ondas de amargura.—

Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
en que al débil fulgor de las estrellas
las misteriosas sílabas leía
de su destino fiero;
y el errante cometa,
que en la lejana cumbre aparecía;
su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
como ruido levísimo de espumas
en las inquietas algas detenidas,
como el roce ligero
de fantásticas plumas
que tocaban su sien calenturienta;

murmullo blando de hojas,
de un árbol invisible desprendidas
después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
ni jirones de niebla deserrados
por el aire liviano:
era el coro armonioso
de las gentiles hijas del Océano,
que á la luz del crepúsculo salían
de sus grutas azules,
y en torno del titán encadenado
los húmedos cabellos sacudían.

"No duermas, Prometeo,"
al pasar á su oído murmuraban,
desatando en su alma
las ansias infinitas del deseo.
"No duermas! Que el Olimpo se estremece
con inquietud extraña,
y truenan los abismos,
como truenan el volcán en la montaña!"

Prometeo velaba,
fijo el ojo en las lóbregas esteras
que como enormes olas palpitaban,
y atento al ruido sordo
que las brisas del valle le traían,
el ruido de las razas que hormigueaban
del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde ya el sol desfallecía,
como herido impotente,
en los brazos oscuros
del enorme fantasma de Occidente,
cuando sintió temblar la dura roca
en que apoyó tres siglos la cabeza,
y oyó en los aires algo
como un tropel de fieras
retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tamboloroso,
interrogó á las nubes que rodaban
por el espacio mudo,
como gigantes témpanos de nieve
que sorprende impaciente
el huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
que el Olimpo crujía,
y que los viejos Dioses expiraban
en horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
de las gentiles hijas del Océano,
que en su pecho vertía
las infinitas ansias del deseo,
volvió á sonar dulcísima en su oído
para decirle en melodioso idioma:

"Despierta, Prometeo,
que en las lejanas cumbres
un nuevo sol asoma!"

Volvió el titán á sacudir airado
sus duros eslabones,
que al esfuerzo supremo recibieron;
y las rocas cayeron
como viejos torreones
por el rayo de Júpiter heridos,
y los cuervos hambrientos se alejaron
con lúgubres graznidos.

V

Ya el gigante está en pie! Ya la montaña,
ara de su martirio,
que empapó con la sangre de su entraña
y aturdió en la embriaguez de su delirio;
la montaña, testigo dolorido
de su tremenda historia,
es su negro caballo de pelea:
el pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
que su impaciencia calma,
y otra vez avasalla
con cadenas de asombros á su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
del espacio en los ámbitos profundos,
sobre la excelsa cúspide de un monte
que se extremece inquieta,
y en medio del espanto de los mundos,
de una cruz la fantástica silueta!

"Al fin puedo morir! grita el gigante
con sublime ademán y voz de trueno.
Aquella es la bandera del combate,
que en el aire sereno,
ó al soplo de pujantes tempestades
va á desplegar el pensamiento humano
teñida con la sangre de otro mártir,
—Prometeo cristiano —
para expulsar del orgulloso Olimpo
las caducas deidades!

"Es un nuevo planeta que aparece
tras los montes salvajes de Judea,
para alumbrar un ancho derrotero
á la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
que arrebaté al Olimpo despiadado:
la encarnación gigante de mi raza,
LA RAZA PROMETEANA!

"Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
llevo sangre de dioses en las venas,
sangre que al fin hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
lleve el fuego sagrado
que eternamente riela,
ya lo azoten los siglos con sus alas
ó el viento furibundo,
el fuego del espíritu, heredero
del imperio del mundo."

Dijo, y cayó como la vieja encina
que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
se enderezó, zañudo,
para asistir á su hora postrimera,
y las gentiles hijas del Océano
bajaron presurosas
y en torno á su cadáver encendieron
de perfumadas leñas una hoguera:

VI

¿Qué es aquello que cruza
con planta soberana,
sembrando mundos y encendiendo estrellas
por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,

la cumbre se despierta sonrosada
como al ósculo tibio de la aurora
despierta enrojecida la mañana.

Si el mar desciende— que la espalda encorva
como esclavo sumiso
para besar su turbulenta planta—
el mar abre su seno
y el más sublime de sus himnos canta:
el himno con que arrulla
el sueño de los grandes promontorios,
centinelas inmóviles del mundo,
y le enseña latiendo en sus entrañas,
de las faunas y floras veuideras,
el légameo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
rechinan á su empuje omnipotente,
y se alzan en tropel á su presencia,
desde el fondo del caos petrificado,
las formas y las razas extinguidas
en cuya adusta frente,
el ojo de la ciencia deletrea
el verdadero Génesis del mundo,
que la leyenda bíblica falsea!

Todo á su paso vive, ahienta, brota:
el mar, el monte, la desierta esfera;
y á su soplo creador todo se expande,
paúpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
como un arco triunfal para que pase,
sus montañas de hielo,
y enciende presuroso
sus gigantescas lámparas el Ande
para alumbrarle el tránsito del cielo!

El es el soberano, el heredero
del cetro de la tierra,
por su inmenso poder transfigurada!
No hay píelago ni abismo
que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
destronó el paganismo
y rompió las cadenas que ar:ástraba
la pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
encendida en las bóvedas oscuras
de la conciencia humana,
que todo lo ilumina:
el signo de una raza de titanes
destinada á la lucha y al martirio:
LA RAZA PROMETEANA!

En la cruz, en la hoguera,
en el árido islote, en el desierto,
en el claustro sombrío, dondequiera
vierte su sangre á mares
que los helados páramos caldea,
su sangre, que en los cauces seculares
de la historia, desata
las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son con el dolor, y hermanos
en la fe y en la gloria
cuantos despejan la futura ruta
con la luz inmortal del pensamiento,
yá mueran en el Gólgota, ya apuren
de Sócrates severo

la rebosante copa de cicuta,
ya nuevo Prometeo,
al torvo fanatismo desafse
sobre Roma, montaña de la historia,
el viejo Galileo!

VII

Arriba, pensadores! Que en la lucha
se temple y fortalece
vuestra raza inmortal, nunca domada,
que lleva por celeste distintivo
la chispa de la audacia en la mirada
y anhelos infinitos en el alma;
en cuya frente altiva
se confunden y enlazan
el laurel rumoroso de la gloria
y del dolor la mustia siempreviva!

Arriba, pensadores!
Que el espíritu humano sale ileso
del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
y la verdad la suspirada meta
de vuestro afán gigante.
Arriba! Que ya asoma el claro día
en que el error y el fanatismo expiren
con doliente y confuso clamoreo!
Ave de esa alborada es el poeta,
hermano de las águilas del Cáucaso,
que secaron piadosas con sus alas
la ensangrentada faz de Prometeo!

OLEGARIO V. ANDRADE

El dandy

El hombre rico, ocioso, y que aun
desencantado, no tenga otra ocupa-
ción sino la de correr en pos de la felici-
dad; el hombre educado en el lujo y acos-
tumbrado, desde su juventud, á la ohe-
diencia de los demás hombres; el que en
fin, no tenga otra ocupación que la elee-
gancia, presentará siempre y en cada mo-
mento, una fisonomía distinta y comple-
tamente singular. El dandismo es una
institución vaga, tan bizarra como el due-
lo; muy antigua, puesto que César, Cati-
lina, Alcibiades, nos ofrecen modelos ex-
traordinarios en su género; muy general,
puesto que Chateaubriand la encontró en
las florestas y al borde de los lagos del
Nuevo Mundo. El dandismo, que es una
institución fuera de las leyes, tiene le-
yes rígorosas á las que están sometidos
todos sus súbditos, cualesquiera que sean
el ardor y la independencia de su carác-
ter.

Los novelistas ingleses que, más que
otros, han cultivado la novela de *high
life*, y los franceses, que han querido en
especial escribir novelas de amor, han
tenido el cuidado, y con mucho juicio,
de dotar á sus personajes de fortunas su-
ficientemente vastas para pagar sin vaci-
lación todas sus fantasías, y las han dis-
pensado de toda profesión. Estos seres
no tienen otros empleos sino cultivar la
idea de lo bello en su persona, de satis-
facen sus pasiones, de sentir y de pensar.
Poseen así á su antojo y en amplia medi-
da, el tiempo y el dinero, sin los cuales
la fantasía, reducida al estado de un en-
sueño pasajero, no puede traducirse en
acción. Es desgraciadamente cierto que
sin el ocio y el dinero, el amor no puede
ser sino una orgía plebeya, ó el cumpli-
miento de un deber conyugal. En lugar
de un capricho ardiente y soñador, con-
viértese en repugnante *utilidad*.

Si hablo del amor á propósito del dan-
dismo es porque el amor es la ocupación
natural de los ociosos. Pero el dandy no
apunta al amor como á un fin especial.
Si he hablado del dinero es porque el di-
nero es indispensable á las personas que
hacen un culto de sus pasiones; pero el
dandy no aspira al dinero como á una cosa
esencial: podría bastarle un crédito indefi-
nido; el dandy abandona esta grosera pa-
sión á la gente vulgar. El dandismo no es,
como muchas personas parecen creerlo, un
gusto inmoderado por el traje y la elegancia
material. Estas cosas no son para el
perfecto dandy sino un símbolo de la su-
perioridad aristocrática de su espíritu.
Así, á sus ojos, seducido ante todo por la
distinción, la perfección del vestido con-
siste en la simplicidad absoluta que es,
en efecto, la mejor manera de distinguir-
se. ¿Qué es entonces esta pasión que,
convertida en doctrina, ha hecho adeptos
dominadores, esta institución no escrita
que ha formado una casta tan altiva? Es
ante todo la necesidad ardiente de hacer-
se una originalidad, contenida en los lí-
mites exteriores de las conveniencias.
Es una especie de culto de sí mismo, que
puede sobrevenir á la persecución de la
dicha que proporciona otra persona, la
mujer, por ejemplo; que puede sobrevivir
aun á todo lo que se llaman ilusiones

Un dandy puede ser un hombre desentancado, puede ser un hombre que sufre; pero, en este último caso, sonreirá como el lacedemonio bajo la mordedura del zorro.

Vése, que en cierto modo, el dandismo confina con el espiritualismo y el estoicismo. Pero un dandy no puede ser nunca un hombre vulgar. Si llegare á cometer un crimen, quizás no se sentiría degradado; pero si ese crimen naciere de una causa trivial, el deshonor sería irreparable. Que el lector no se escandalice de esta gravedad en lo frívolo, y que recuerde que hay una grandeza en todas las locuras, una fuerza en todos los excesos. ¡Extraño espiritualismo! Para los que son á la vez sacerdotes y víctimas del dandismo, todas las condiciones complicadas á las cuales se someten, desde el vestir irrepachable á toda hora del día y de la noche, hasta los peligrosos juegos de sport, no son sino una gimnástica propia para fortificar la voluntad y disciplinar el alma. En verdad, no estaría completamente equivocado si considerase el dandismo como una especie de religión. La regla monástica más rigurosa, la orden irresistible del *Viejo de la Montaña* que impone el suicidio á sus discípulos fervientes, no han sido más despóticas ni más obedecidas que esta doctrina de la elegancia y de la originalidad, que ordena también á sus ambiciosos y humildes sectarios, hombres á menudo llenos de ardor, de pasión, de coraje, de energía contenida, la terrible fórmula: *Perindé ac cadaver!*

Que esos hombres se hagan llamar refinados *incroyables*, bellos, *lionés* ó dandys, todos provienen del mismo origen; todos participan del mismo carácter de oposición y de rebeldía; todos son representantes de lo que hay de mejor en el orgullo humano, de esta necesidad muy rara hoy, de combatir y destruir la trivialidad. De ello nace, en los dandys, esta actitud altanera de casta provocadora, aun en su frialdad. El dandismo aparece especialmente en las épocas transitorias en que la democracia no es todavía todopoderosa, en que la aristocracia no está sino parcialmente vacilante y envejecida. En la turbación de esas épocas, algunos hombres desorientados, decep-

cionados, desocupados, pero ricos de fuerza nativa, pueden concebir el proyecto de fundar una nueva especie de aristocracia, tanto más difícil de romper cuanto que estará basada sobre las facultades más preciosas é indestructibles, sobre los dones celestes que el trabajo y el dinero no pueden conferir. El dandismo es el último resplandor de heroísmo en las decadencias; y el tipo del dandy, encontrado por el viajero en la América del Norte, no destruye de ninguna manera esta idea; pues nada impide suponer que las tribus que llamamos *salvajes* sean los despojos de grandes civilizaciones desaparecidas. El dandismo es un sol poniente: como el astro que declina es admirable, sin calor y lleno de melancolía. Pero ¡ay! la marea montante de la democracia, que invade y nivela todo, ahoga día por día á estos últimos representantes del orgullo humano, y vierte olas de olvido sobre las huellas de esos prodigiosos ensimismados. Los dandys se hacen cada vez más raros en Francia, en tanto que en Inglaterra el estado social, y la constitución (la verdadera constitución, la que se expresa en las costumbres) dejan por largo tiempo todavía un sitio para los herederos de Sheridan, de Brummel, de Byron, si es que aun se presenta alguien que fuese digno de sustituirlos.

CHARLES BAUDELAIRE

Á la Castidad

Yo no amo á la Mujer, porque en su seno dura el amor lo que en la rama el fruto, y mi alma vistió de eterno luto y en mi cuerpo infiltró mortal veneno.

Ni con voz de ángel ó lenguaje obsceno logra en mí enardecer al torpe bruto que si le rinde varonil tributo agoniza al instante de odio lleno.

¡Oh blanca Castidad! Sé el igneo faro que guíe el paso de mi planta inquieta á través del erial de las pasiones.

Y otórgame, en mi horrendo desamparo, con los dulces ensueños del poeta la calma de los puros corazones.

JULIÁN DEL CASAL

En el mar

Sola y triste, sobre el puente de la nave,
bajo el cielo opalizado por la niebla,
y errabundas las pupilas en los cielos,
en los cielos y las aguas ¿en qué piensa?

Es polaca. Siempre sola, bella siempre,
siempre triste, lee ó medita. ¿Acaso sueña
con la patria sobre el Gólgota, ó su alma
busca otra alma por los hielos de Siberia?

Lirio intacto, flor de nieve, flor de Kusueño,
ave errante que alzó el vuelo de la estepa,
cuál seduce la nostalgia de sus ojos
y el encanto de su lánguida belleza.

La luz pálida y difusa de la tarde
de la esclava los cabellos rubios besa,
y la nave se desliza lentamente,
bajo el cielo opalizado por la niebla.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

De Muerte

[FRAGMENTO]

UEGO que la Muerte la tocó con su ala
invisible, aquella carne amasada de
alabastro y rosas, se tornó pálida de una pa-
lidez suprema, casi transparente. Cayeron
los párpados sobre los ojos profundos donde
dormían dos estrellas, y en rápida fuga, la
sangre huyó de su boca, flor bipétala, en cuyo
seno marchito parecían temblar aún las últi-
mas mieles del beso!

De las noches en que fué hermosa, ningu-
na lo estuvo tanto como en aquella. Su cuerpo
que parecía no haber sufrido nunca las man-
cillas de la carne, resaltaba sobre el lecho con
una blancura extraordinaria. Bajo el lienzo
de lino que la cubría á medias, se dibujaban
sus formas de modelo griego, reveladoras de
la suprema armonía de la línea: había una
insólita helleza en su inmovilidad; algo así
como que si el espíritu habitador de aquel va-
so humano tan perfecto, no hubiera querido
irse hasta prodigarle aquellas póstumas cán-
cias de luz y de vida!

De pié en la estancia y envuelto en el cono
de sombra proyectada por la lámpara suspen-
dida, al centro, él, el Esposo que la Pa-
sión le había dado, la veía. Sus ojos,
secos é inmóviles, parecían perderse en una le-
jana visión de allá, de la juventud, de los
años floridos de su amor; mientras su alma
dolida y fatigada, iba siguiendo su recuerdo

poseído de una triste espectación, como si
hubiera de encontrarla de nuevo por primera
vez, animada por la Vida, sedienta de amor y
fecunda en voluptuosidad; como si el tiempo
de un vuelco extraordinario hubiera traído
atrás todos los hechos; los tríos é irreparables
hechos que le habían herido como espadas el
corazón.

Por la ventana abierta, penetraban las ra-
chas frías del aire nocturno, llenas de los per-
fumes indecisos del campo, de los vagos ru-
mores de las hojas.

Había honda quietud en el cielo constelado
y sereno; Orión brillaba melancólicamente
en el Oeste. Mientras, ella dormía el último
sueño y cobijada por la Muerte, parecía un
gran lirio blanco, bajo las alas de una aura
tibia.

Y él recordaba. Reconstruía en su imagi-
nación con una exactitud extraordinaria, los
días muertos y lejanos; aquellos días que en
otro tiempo y en las horas de embriagante
felicidad que le hizo vivir el Amor, apenas
evocados se desvanecían sin dejar la más leve
señal de su paso en su alma, desprovistos de
intensidad y de gracia, incapaces de provo-
car la resurrección de alegrías extinguidas,
superadoras de las del momento. Recordaba
cómo había nacido en él la Pasión; arrebatada,
brutal, llena de caracteres de una manifies-
ta animalidad; y á la vez, tierna, mansa, sa-
turada de un exquisito perfume romántico;
poblada de detalles ínfimos, de encanta-
dora sencillez, casi cándidos. ¡Y aquella
dualidad inverosímil, era lo que había halaga-
do, seducido el corazón de ella!

Ante su memoria espantada pasaban, como
por un panorama vertiginoso, aquellas largas
horas de enamoramiento, y de febril exal-
tación, durante las cuales, sus pensamien-
tos difusos é incoherentes, colmados de incier-
tos anhelos, le anastraban poderosamente ha-
cia ella, enloquecido y fatigado, por la penosa
tensión de su organismo.....

Posados sobre su corazón, triste saco de
angustias, sintió de pronto aquellos ojos que
tanto había amado, y donde tantas veces se
prendieron sus labios, buscándo en ellos la
más alta expresión de la caricia carnal, nunca
alcanzada en los ardorosos contactos de aque-
lla boca, siempre húmeda, siempre roja y en-
treabierto como una fruta que se biñdara ma-
liciosamente al deseo ...!

Entonces comprendió que le poseía un mudo delirio. Con penoso ademán hundió sus manos vigorosamente entre las largas guedejas de su cabello y sintiendo la necesidad de aire, de mucho aire bajo aquella negra asfixia de amargura, fuese lentamente hacia afuera, sin dejar de ver á la muerta, cada vez más rígida y más pálida ..

Un aire fresco y ligero besó dulcemente su cabeza, aliviándole. Sintió que le penetraba la calma suprema de la noche, y su alma de artista, reanimada, se hundió entonces en un grato embeleso .. !

En una transfiguración milagrosa, ella venía hacia él: iluminaba su semblante una extrahumana sonrisa y las triunfales líneas de su cuerpo, de una blancura que humillara la nieve perpetua que radia sobre las altas montañas, parecían expandirse en un florecimiento de luz... Sobre su cabeza, el Sol se deshacía en sutiles hilos de oro! Suspendida por la fuerza de sus alas, su mano se abría hacia él llenándole de resplandores.

Deslumbrado se abandonó á su ensueño. De pronto, como si voces interiores le llamaran, despertó.

Hacia el oriente, una franja de nácar iluminaba el horizonte; amanecía.

La lámpara agonizante llenaba de enfermedad claridad la estancia. La palidez de la muerta había degenerado en el tinte mate de los cirios viejos.

La vida surgía por todas partes del seno del misterio, llena de una alegría insultante; indiferente á su dolor.

La vida! Pero para él no tenía ya ningún atractivo; su insulsez le abrumaba horriblemente. Sintió honda repulsión por todo lo que le rodeaba y alzó los ojos al cielo por última vez, como buscando á Dios para clavar en él su mirada llena de deshecho y odio!

JERÓNIMO J. REINA

Ruinas del corazón

(Traducción de

DOMINGO ESTRADA)

¡**¡**ERA mi corazón en otro tiempo
como una bella construcción romana,
formada de granitos y de pórfidos,
de ricos mármoles y de piedras raras.....
Mas pronto las pasiones tumultuosas

en él entraron con salvaje saña,
cual una horda de bárbaros, blandiendo
la roja antorcha ó la cortante espada.

Y en ruinas se tornó.....! Buhos infaustos
hubo, no más, y víboras extrañas:
y ni un humano ruido..... se agostaron
los lirios y las rosas perfumadas:
se vieron por doquier restos informes
de frisos, de columnas y de estatuas.....
y aun las sendas por fin desaparecieron
por arbustos maléficis borradas.

Allí quedé yo sólo, largo tiempo
ante el desastre, con sonrisa amarga,
días sin sol pasando, y tristes noches
en que ni un astro para mí brillaba.....
Mas tú viniste al fin, joven y hermosa,
blanca, inocente, por la luz bañada.....
y entonces yo, para formarte un nido.
lleno de fe, de fuerza y de esperanza,
con los escombros del palacio viejo
me puse á levantar nuestra cabaña.

FRANCISCO COPPEE

El deseo y la fantasía

¡OTENCIAS invencibles del deseo y
de la fantasía. Por mucho que se
las combata, jamás perecen. Treinta años
de negocios, de números, de experiencia
se han amontonado en el manantial; ya
se le creía seco, y de repente, al contac-
to de un alma grande, brota de nuevo
tan rico como el primer día; el dique se
ha roto, y los materiales pesados, com-
pactos, que impedían la salida, arrastra-
dos por la irrupción, sirven para aumen-
tar la fuerza de la corriente. Por un ca-
so extraño, yo volvía á ver en aquel mo-
mento los paisajes de la India, únicos
dignos, por su violencia y sus contrastes,
de suministrar imágenes para tal música.
Al soplar los monzones las nubes acumu-
ladas forman una muralla monstruosa de
humo, que invade todo el cielo y el mar;
sobre aquella masa negra vuelan á milla-
res las gaviotas, y la obscuridad formi-
dable, tachonada de alas blancas, avanza
hacia la tierra, devorando el espacio y
ocultando los cabos en su vapor densísi-
mo. Los buques entonces se internan en
el mar. Uno de los últimos días claros y
buenos, ví desde lejos las Maldivias, doce
mil islas pequeñas de coral en un mar de
diamante; casi todas están desiertas; el
agua duerme en sus senos ó marca una

franja de plata en sus arrecifes. El sol arroja allí á puñados sus flechas de fuego; en las revueltas de los canales brotan corrientes de oro fundido de entre las dos oblicuas. La extensa llanura líquida, sembrada de remolinos, parece un metal que sale de la forja, adornado de arabescos; millones de relámpagos brillan en su superficie, como en las incrustaciones de una coraza; se diría que el tesoro de un rajah, urnas y joyas, puñales con mangos de nácar, vestiduras con broches de zafiros, cimeras de esmeraldas en los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul claro bordadas de oro y cuajadas de perlas. ¿Con qué comparar aquel cielo de ardiente blancura? Cuando una mujer joven y hermosa, floreciente de salud y estremecida de placer, ataviada ya para su boda, sujeta sus cabellos con la peineta de oro, se adorna con sus collares de perlas y sus pendientes de rubíes; cuando todas sus alhajas reflejan sus luces en su carne sonrosada y palpitante, entonces rodea su frente con un velo blanco; pero su rostro lo inunda de luz, y la gasa en que parece ocultarse forma un nimbo que la ilumina. Así, este mar, bajo su cielo esplendoroso, en su riqueza de claridad hirviente, y ya alejadas las nubes lívidas, aparece delicioso y sublime como el himeneo divino de un grande hombre tras la noche larguísima de su desesperación. También su amada tiembla ruborosa, también es demasiado bella, y despierta en nosotros, por simpatía, lo que él por su mérito. Ante él, como ante ella, deja de oírse ó de verse una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida; es el coro universal de los vivos, del que se oyen los cánticos de alegría y las lamentaciones de dolor; es el alma excelsa, cuyos pensamientos somos nosotros; la naturaleza entera, quebrantada por las necesidades que la mutilan ó la destruyen, pero palpitante en el seno de sus funerales y elevando siempre al cielo, entre la miriada de muertos que la cubren, sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, indecible, siempre sofocado, renaciendo siempre, del deseo no satisfecho.

HIPÓLITO TAINÉ

El eremita

‡
¿IN qué piensa ese pálido eremita,
que el ceño frunce de su frente grave?
¿Es un hondo problema el que medita?

¿Acaso busca la escondida llave
de una fuente cuya agua milagrosa
de nuestras almas la pureza lave?

¿O es acaso una esencia poderosa
que en oreja saue el corazón herido,
lo que busca su mente bondadosa?

Algo busca ese espíritu abstraído,
algo que un dedo celestial enseña
y que se halla en el éter suspendido.

¿Fantasmas son que su piedada diseña!
Para alumbrar nuestros cansados pasos,
nunca hallará la claridad que sueña

Como enseñando los sombríos trazos
de la Pobreza, que su cuerpo azota,
muestra marchitos sus nervudos brazos,

flácido el pecho que el dolor no agota,
ceñido el vientre, la mirada triste
y el pié desnudo en la sandalia rota.

Oh, pálido eremita que encendiste
tu alma con fuego de un amor sagrado:
sólo en tu corazón la paz existe;

viviendo solitario y apartado,
con el alma en el cielo suspendida,
del Mal y del Dolor te has libertado;

pues en la árida senda de la vida
donde el clamor de nuestras voces suena,
quedando va de nuestra planta herida
una gota de sangre en cada arena.

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA

Defensa de la Poesía

(Traducción de

CARLOS BONILLA)

I.—Las funciones de la facultad poética son dobles: por la una, ella crea nuevos materiales de erudición, potencia y deleite; y por la otra, engendra en el alma el deseo de reproducirlos y arreglarlos según cierto ritmo y orden, que pueden llamarse lo bello y lo bueno. El cultivo de la poesía nunca debe ser más apetecido que en aquellos períodos en que por un exceso de egoísmo y codicioso cálculo, el acúmulo de los materiales de la vida externa excede á la cantidad del poder de asimilarlos á las leyes internas de la naturaleza humana, pues entonces el cuerpo

se ha hecho demasiado pesado para el sér que le anima.

II.—La poesía es, verdaderamente, algo divino. Ella es á la vez el centro y la circunferencia de la erudición; ella es la que comprende toda ciencia, y á la que toda ciencia debe ser referida. Ella es al mismo tiempo la raíz y la flor de todos los otros sistemas de ideas; ella es la fuente de todo y la que á todo embellece, y la que, si es agostada, pierde el fruto y la semilla, y paraliza en el estéril mundo el alimento y sucesión de los renuevos del árbol de la vida. Ella es el perfecto terreno y la flor de todas las cosas, y es como el color y olor de la rosa á la textura de los elementos que la componen, y como la forma y esplendor de inmarcesible belleza á los secretos de la anatomía y de la corrupción.

¿Qué serían la virtud, el amor, el patriotismo, la amistad; qué el espectáculo del espléndido universo que habitamos; qué nuestros consuelos de este lado de la tumba, y qué nuestras aspiraciones más allá de ella, si la poesía no ascendiera á traernos luz y calor de aquellas eternas regiones á donde la facultad del cálculo con alas de buho no puede remontarse? La poesía no es como la razón, una facultad que puede ejercerse según las determinaciones de la voluntad. Nadie puede decir "yo quiero hacer una composición poética." El poeta más grande no puede aun decirlo, porque el alma en creación poética, es como una brasa de poco brillo que alguna invisible influencia, como una ráfaga de viento, aviva enciende en fugaz brillantez. Esta facultad creadora nace del interior, como el color de una flor que se desvanece y cambia á medida que se desarrolla, y la parte consciente de nuestra naturaleza es incapaz de pronosticar ni su advenimiento ni su partida. Si esta influencia pudiera ser durable en su original fuerza y pureza, imposible sería predecir la grandeza de sus resultados; pero cuando la composición comienza, la inspiración declina, y la más brillante poesía que el mundo ha visto, es probablemente una débil sombra de la concepción original del poeta. Yo apelo á los más grandes poetas de la actualidad, para que digan

si no es un error aseverar que las más grandes páginas de la poesía son producidas por el trabajo y el estudio.

El trabajo y la reconsideración, recomendados por los críticos, pueden significar no más, justamente interpretados, que una cuidadosa observación de los inspirados momentos, y una conexión artificial entre sus sugerencias por medio de la mezcla de convencionales expresiones; necesidad solamente impuesta por la limitación de la misma poética facultad; porque Milton concibió su *Paraíso perdido* como un todo antes que lo ejecutase por partes, pues él nos dice que "la Musa le dictó su impremeditada canción." Y sea esto una réplica á aquellos que alegaren los cincuenta y seis variantes del primer verso de *Orlando Furioso*. Composiciones tales son á la poesía lo que el mosaico á la pintura. Este instinto é intuición de la facultad poética es todavía más observable en las artes plásticas y pictóricas. Una bella estatua ó un gran cuadro surgen de la facultad del artista como un niño del vientre de su madre, y la inteligencia que dirige la mano en la formación es incapaz de darse cuenta del origen, las gradaciones á los medios del procedimiento. La inspiración es aquí todo.

III —La poesía es la historia de los supremos y más felices momentos de los espíritus más felices y superiores. Nosotros recibimos fugaces visitas de ideas y sentimientos, á veces asociados á lugar ó persona, y á veces concerniendo solamente á nuestro propio espíritu, las que alzándose de improviso y partiendo sin despedida, se van, elevadas y agradables, siempre más allá de toda expresión; de modo que, aun en el anhelo ó el pesar que ellas allí nos dejan, no pueden menos de sernos gratas, participantes como somos de la naturaleza de su objeto. Ello es como si fuese la interpenetración de una naturaleza más divina en nuestro propio sér, pero cuyos pasos son como los del viento sobre el mar, que la subsiguiente calma borra, y cuyas huellas quedan solamente en la removida arena que le pavimenta. Estos, y los correspondientes modos de ser, se experimentan principalmente por aquellos de más exquisita sensibilidad y más brillante imaginación, y el estado del áni-

mo producido por ellos está en oposición con todo bajo deseo. El entusiasmo de la virtud, del amor, del patriotismo y la amistad, está esencialmente vinculado con tales emociones.

Los poetas no están solamente sujetos á estas experiencias como espíritus de la más refinada organización, sino que pueden dar colorido á todo lo que combinan con los fugaces colores de este mundo etéreo. Una palabra, un toque, una figura en la representación de una escena ó una pasión, tocará la encantada cuerda, y reanimará, en aquellos que han experimentado siempre estas emociones, la dormida, la fría, la sepultada imagen del pasado. De esta manera la poesía inmortaliza á todo lo más bello y superior en el mundo; fija las fugitivas apariciones que con frecuencia visitan las internulaciones de la vida, y cubriéndolas con la indumentaria del lenguaje, las envía á la humanidad, llevando gratas noticias de dulce parentesco á aquellos con quienes sus hermanas habitan, desde las profundidades del espíritu hacia el mundo exterior.

La poesía nos rescata de la pérdida de las visitas de la divinidad al hombre.

PERCY SHELLEY

Mi bandera

¡Que se tiendan tus pliegues protectores sobre la entusiasmada muchedumbre, y relata á los vientos de la cumbre la leyenda viril de tus colores.

Resumen de mis íntimos amores exentos de dañosa pesadumbre, ¡quién pudiera encontrar bajo tu lumbré el alma de sus cantos redentores!

Es la quimera de mi sueño heroico hallar la muerte en tu refugio santo, coger mi sangre con aliento estoico,

Y crispado á los hierros de tu lanza trazar en las alturas de tu manto un signo de piedad y de esperanza.

AUGUSTO C. COELLO

El carbunclo

De NIÑERÍAS

¡Ei, carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras en el fondo del Lempa ó del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. ¡Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos.

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra á las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve á encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno á cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas.

Ahora ¡cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta á las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega á beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir á cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina—porque primero se pone en la cocina—sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y á la hora en que va á llegar está uno listo. Entra saltando como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

Cambia de color á cada instante; ya es una roja granada, ya un grande ópalo, ó una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas las lu-

ces; quien lo tiene, es dichoso; está contento, siente que la luz le llega hasta el alma . .

Es del tamaño de un huevo de paloma.
Es como tener una estrella.

ALBERTO MASFERRER

El ídolo

(Traducción de
DOMINGO ESTRADA)

¿QUÁN hermosa era Finnea, ah, Corso pálido,
bajo el brillante sol de mesidor!...
Era un corcel indómito y rebelde
sin freno y sin señor.
Humeando con la sangre de los reyes,
mas siempre audaz y á su destino fiel,
con sus cascos hería el suelo antiguo,
libertado por él.
Aun no había una mano dirigido
sus ímpetus y ardor,
ni llevado sus flancos poderosos
la silla y el arnés del vencedor.
Con su cola magnífica azotaba
sus piernas impacientes sin cesar,
y cuando reinchaba, el viejo mundo
ponfase á temblar!...

Mas tú ¡oh Corso de cabellos lacios!
apareciste al fin;
y al verlo tan altivo y tan valiente,
empuñaste su crin;
y centauro animoso, más osado
todavía que él,
sobre el dorso saltaste de aquel libre
é indómito corcel.

Como amaba la gloria, los combates,
las armas, el rugido del cañón,
por campos de carrera tú le diste
del mundo la extensión.

Desde entonces, ni el sueño, ni el reposo
en su labor terrible conoció;
y cual si arena fuese, día á día,
sobre cuerpos humanos galopó.
Quince años se le vió bañado en sangre,
su carrera demente continuar,
y con su duro casco de los pueblos
las frentes triturar.

Quince años por doquier, á toda brida,
cual meteoro terrífico pasó;
y como el polvo el huracán levanta,
á todo el universo removió!....

Mas, al fin, agotado, sin aliento,
no pudiendo su marcha ya seguir,
gracia imploró de su gineta corso....
pero su voz tú no quisiste oír.

Diez veces más tu espuela ensangrentada
en sus flancos se hundió;
diez veces más tu látigo implacable
su temblorosa grupa castigó;

y sofocar queriendo ¡eruel verdugo!
sus gritos de dolor,
el freno removiste entre su boca,
rompiéndole los dientes con furor!....

Pero por fin, un día de batalla,
moribundo, el corcel se desplomó
sobre un ardiente lecho de metralla
y con su peso enorme te aplastó!

AUGUSTO BARBIER

Esperando la luna

Zophesamín.—Tus ojos, Belkiss, están
claros como el cielo después de una gran
lluvia. ¿Por qué has llorado?

Belkiss.—Porque estoy lejos de mi
senor.....

Zophesamín.—Amon - Ra - Harmakhis-
lo tenga siempre bien distante!

Belkiss.—No digas eso, amigo ... Quie-
ro ser de Salomón ..

Zophesamín.—Antes te devorasen los
tigres! Antes quedases sin sepultura so-
bre un montón de estiércol!

Belkiss.—(Empezando á llorar.) To-
dos me quieren mal... hasta tú me mal-
tratas

Zophesamín.—Cálmate, tonta.... cál-
mate, amiguita.... Fija tus ojos en estos
mis ojos profundos como cisternas ..

Belkiss.—(Fijando sus ojos en los de
Zophesamín). Estoy viéndolos....

Zophesamín.—(Llamándola y tomán-
dola dulcemente por los brazos.) Apro-
xímate más... más ... como si quisieses
besarime ... Así... así .. Mira bien en
el fondo de mis ojos, de mis cisternas

Belkiss.—Parecen llenos de agua ..
Ah! .. y qué profundos son... y qué
límpida es el agua!

Zophesamín.—Son profundos, en efec-
to... Y dime ahora, Belkiss, en el fondo,
muy en el fondo, no ves nada?

Belkiss.—No, no veo nada... Ah!...
veo .. veo, veo alguna cosa, pero no sé
bien lo que es. Espera ... no te muevas,
quiero ver lo que es ... Parece una luce-
cita.....una luz de oro... Ah! ...qué
linda! Una luz que arde dentro del agua!
Y nada le acaece .. El agua parece fres-
ca... No te muevas ... Déjame ver toda-
via un poquito... Ah!

Zophesamín.—(Sentándose.) Esta luz,
Belkiss, es toda mi riqueza.

Belkiss.—¿Y quién te la dió?

Zophesamín.—La he comprado.

Belkiss.—Quiero una igual, amigo mío, quiero una igual!

Zophesamín.—No podrás tener una igual. Cuesta muy cara.

Belkiss.—Pero yo soy tan rica! Hasta mis prisioneros están atados con cadenas de oro.

Zophesamín.—Cuesta muy cara, amiguita; todas tus riquezas serían pocas para tal adquisición . . .

Belkiss.—¿Qué diste por la tuya?

Zophesamín.—Mucho.

Belkiss.—¿Mucho oro, muchas piedras preciosas?

Zophesamín.—No.... Toda mi alegría....

Belkiss.—Ah!

Zophesamín.—La lucecita que viste en el fondo de mis ojos tiene un nombre: llámase Verdad. Están muy cercanos á Dios todos aquellos que la poseen, pero son raros los que esta semidivinidad conquistan, porque la lucecita es de veras exigente, y devuelve todo alimento vulgar. Quien la quiera clara como el sol, debe sustentarla con amarguras y martirios... Yo también fui joven como tú, *Belkiss*, joven y bello; tenía en mi pecho un jardín de sueños, sueños de amor, de gloria, de opulencia. Pero ¡ay de mí! ¡ay de nosotros! Apenas un sueño se volvía realidad, por muy dorado que fuese, en seguida desvaneciábase... Poco á poco mi bello jardín se fué transformando en el jardín de un palacio maldito, jardín de un palacio en el que se hubiere cometido algún gran crimen . . . El candor huyó de mi alma y quedó prendido en mi barba; á los treinta años tenía los cabellos blancos como nieve . . . Un día cerré los ojos para ver mejor, y aquí en el fondo de mi alma descubrí esta lucecita, que despuntaba como una estrella... Estrella que sólo servirá para los otros, para alejarlos de los peligros en que están por caer. En cuanto á mí, una dura servidumbre me vence, ya que me hace ver claras aquellas cosas que deberían ser siempre obscuras . . . Ah! Mi pobre alma! . . .

Belkiss.—(Conmovida.) Viejito mío!

Zophesamín.—(Abriendo un saquito y mostrando los omóplatos con inscripciones:) ¿Ves esos huesos? Quien siga lo

que en ellos se aconseja disminuirá sus penas; que querer suprimirlas del todo es como querer agarrar la luna ó secar el mar . . . Son los dictámenes de mi experiencia; ojalá entrasen en tus oídos y tu alma no fuese sorda.

Belkiss.—¿Qué quieres decir?

Zophesamín.—Quiero decir que eres más desgraciada que las esclavas que van por los caminos, recogiendo los excrementos de los camellos.

Belkiss.—*Zophesamín!*

Zophesamín.—Más te valdría ser úlceras de pobre, más te valdría ser piojo ó sapo, más te valdría ser la piedra que los picapedreros están ahora cortando, que no lo que eres: pobrísima en medio de tantas riquezas! Tienes el alma llena de víboras....

Belkiss.—(Aterrorizada.) ¿De víboras?

Zophesamín.—Sí, de víboras, de deseos, que han de ocasionarte más dolores que veinte cánceres abiertos sobre esos senos .

Belkiss.—(Con voz quejosa.) Hasta las feas son besadas y abrazadas con amor! Y yo, yo que soy bella—como me lo ha enseñado el agua de mi baño—vivo aquí, ¡pobre flor estéril! helada por tus palabras, petrificada por tus consejos, amordazando mis deseos y amamantando mi tormento, que me muerde como un escorpión! ¿Para qué nací con una boca tan bella?

Zophesamín.—Para que la conserves pura si quieres conservarla bella....

Belkiss.—Piedad! Piedad, *Zophesamín!* No me digas eso! Cállate, por piedad! Calla! No quiero oírte!

Zophesamín.—Has de oírme hasta que no hayas ordenado que me corten la lengua. Ingénua cabecita la tuya!

Belkiss.—Ten piedad de mí! Ah! Pero yo no puedo ahogar este grande amor como tú quieres! Vé como estoy: casi no cómo ya y por insomnios cuéntanse mis noches.... Nunca ví á Salomón, pero le amo con un amor que me dará la muerte si yo no le doy la vida . . . ¿Dónde encontraría un príncipe que mejor me merezca? Ah! Y qué dulce sería ver arrodillado á mis piés, á él que tiene el mundo entero arrodillado en torno suyo!

Zophesamín.—¡Qué idea te formas de Salomón! Salomón ama á las mujeres como tú amas á las piedras preciosas: gusta de tener muchas. No se contentó con la linda Vaphres, su esposa legítima, y mandó construir un harem donde tiene trescientas concubinas.... Si estuvieses con él, quizá te besaría, quizá... pero al día siguiente, te vestirías toda de humillación, porque si le preguntasen tu nombre, no sabría decirlo: tan poco caso habría hecho de tí!

Belkiss.—Sea pues así, quiero ser suya! Le amo con un amor de fuego!

Zophesamín.—Y ese es tu mal. El amor es como la carne que comemos: se pudre con el calor y se conserva por largo tiempo en el hielo. El amor debe ser frío para ser duradero.

Belkiss.—Pero qué quieres que haga? Cómo puedo ser dueña de lo que soy esclava? Ah! Tú no comprendes mi martirio! En medio de mis frenesíes nocturnos, me alzo, casi desnuda, con los ojos encendidos, con los senos palpitantes como cisnes moribundos, y subo sobre aquella alta terraza donde los noctámbulos de Axum me ven errar, con los cabellos sueltos y los brazos en súplica, como un fantasma..... Ayer todavía, Zophesamín, en un acceso de tristeza, me habría precipitado desde lo alto de la terraza, si un sentimiento de altivo pudor no me hubiese hecho pasar ante los ojos la imagen de este mi cuerpo inviolado, extendido abajo sobre el empedrado, reducido á una masa informe, ensangrentada y repugnante, y profanada por las miradas de mis vasallos..... Apenas me acuesto, intentando apagar en el sueño esta obsesión devoradora, me siento rodeada de visiones que me postran en horribles delirios, pierdo la vista como si mi cabeza rodara por un abismo lleno de arroyos y de cascadas de agua, ó que fuera por el aire, cayendo desde una torre altísima..... Ora me siento sobre una hornalla, ora comienzo á llorar de frío como si estuviese ebria, mi lecho muévese con un rodar despiadado, que me da desvanecimientos dolorosos y calofríos de agonizante, y me aprieta la garganta, extrangulándome... Ah! Ya no puedo más! Quiero besos! Quiero los besos de Salomón!

Zophesamín.—Cálmate, Belkiss. No digo que abandones ese amor sino que lo purifiques..... Tenlo bien custodiado como una piedra de gran valor en el fondo de un cofre; vuélvelo discreto, espiritual y vago como esas lunas que surgen poco después del mediodía, en los días de sol.

Belkiss.—Quiero los besos de Salomón!

Zophesamín.—Escucha, Belkiss..... Juzgas que los besos de Salomón son más dulces que la miel, no es verdad?

Belkiss.—Es verdad.

Zophesamín.—Y sientes un vivo placer cuando prevés la posibilidad de recibirlos, no es cierto?

Belkiss.—Es cierto, Zophesamín, un placer inmenso.....

Zophesamín.—Pues bien, continúa soñando tal delicia, pero no quieras cogerla. La realidad es más amarga que el eléboro. Es dulce el desear..... pero realizar un deseo es matarlo..... La posesión desprecia los objetos amados. Sólo son felices aquellos que crean constantemente deseos irrealizables, ciegamente persuadidos de que han de realizarlos... Fija los ojos en tí: apenas ves una joya, te enamoras de ella y no descansas hasta poseerla; pero apenas la adquieres, cesa todo el encanto y te fastidias. ¿Cuántos anillos, cuántos collares, cuántos brazaletes no tienes, sin haberte adornado con ellos más que una sola vez después de haberlos tan ardientemente ambicionado! ¿No es así, Belkiss?

Belkiss.—Así es.....

Zophesamín.—Antes, cuando oías hablar del palacio y de los jardines reales de Adulis, imaginabas que nada existiría en el mundo comparable á ellos. Llena de curiosidad, partiste hacia allá como quien parte para un lejano mundo encantado. El primer día anduviste deslumbrada, como en un sueño, pero al día siguiente..... ¿recuerdas?

Belkiss.—Lo recuerdo bien..... Me fastidí y volví á partir para Axum.....

Zophesamín.—Así te fastidiarías de los besos de Salomón, si él te los diese. Sueña..... sueña..... y no despiertes. No hay despertar tan amargo como aquel que desvanece un dulce sueño; y, para quien sueña, el rumor de besos es más estrepitoso que el de las catapultas. Un beso

es el aguacero que despierta al pastor, que está soñando al sereno, soñando que duerme con una princesa....

Belkiss.—Tendrás razón, la tendrás, Zophesamín, pero más fuerte que tu razón es mi amor....

Zophesamín.—¡Un amor fuerte! Qué ingenuidad la tuya! Hallaría menos extraño ver siete lunas en el cielo y oír las rocas cantar.....

EUGENIO DE CASTRO

Madre Melancolía

MADRE Melancolía, pon tu sello sagrado sobre las cosas tristes que oscurecen la vida. Pon tu aliento de nardo sobre la roja herida que abrieron en los hambres el dolor y el pecado.

Enséñale al Poeta tu alcázar encantado donde el canto resuena de la ilusión perdida, y la torre en que mora la quimera florida, vajera del remoto crepúsculo dorado.

Madre Melancolía, leve como la espuma, honda como el abismo del píelago salobre, el soplo de tus alas al ensueño perfuma.

Llega bajo los pliegues del vagabundo viento a dejar el misterio de tu caricia, sobre las almas dolorosas de hastío y de tormento.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

Permanentes.

—Agradeceríamos a los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.

.. Esperamos que las publicaciones que reproduzcan nuestros materiales extranjeros, indiquen su procedencia. Esto lo creamos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

Manuscrito de un poeta.

El manuscrito original de "Las Campanas," una de las mejores composiciones del poeta Edgardo A. Por, fué rematado recientemente en Philadelphia, en la suma de \$ 2.145.

Con el número 44 suspendemos el envío de nuestro quincenario a las revistas y periódicos del exterior y Centro-América, que no hayan correspondido al canje.

Un gran trágico griego.

Denis Tavulari, el gran trágico griego y sostenedor del teatro shakespeareano en el Oriente, está en New York, a donde llegó para arreglar una gira de su Compañía en Estados Unidos.

—La *Revista Nueva* en El Salvador.—
.. Su labor de selección revela un espíritu sutil y exquisitamente cultivado. Creo firmemente que la *Revista Nueva* es, en la actualidad, la mejor y más refinada de cuantas en su género se publican en nuestra América.—*Ismael G. Fuentes.*

Conferencias literarias en la Habana.

En la capital de Cuba están actualmente de moda las conferencias públicas en teatros, sociedades y círculos, como manera de contribuir al adelanto intelectual. Hace poco llegó el sociólogo francés Mr. Leopold Mabilleau, é inauguró una serie de conferencias con los siguientes temas: "La Literatura moderna," "Nuevas tendencias de la Poesía," "La novela," "El Teatro", etc.. También el literato cubano señor Baralt, dió en el Centro Asturiano de la Habana, una conferencia acerca de "La Educación de los sentimientos y la voluntad."

Reproducciones.

El Mundo Ilustrado, de México, reproduce nuestras prosas: *El perro negro*, *Impresiones de estética: La palabra* y nuestro soneto *Canción remota; Pluma y Lápiz*, de Santiago de Chile, *El sueño de Venecia*; y *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán, *El perro negro*.

Arte y artistas italianos.

—El escritor ruso J. Bleliareff, en el libro que acaba de publicar, *Akxeri i piori* (actores y comedias), dedica varios capítulos al arte y a los artistas italianos. Entre elogiosos conceptos que tributa á Salvini, que dice ser el más grande trágico de la segunda mitad del siglo XIX, habla con entusiasmo de Tina di Lorenzo, y especialmente de Eleonora Duse, á la que considera superior, por especiales condiciones que posee, á Sara Bernhardt.

El escritor ruso elogia muchísimo la moderna producción dramática italiana, y opina que es más sólida que la francesa.

—Actualmente el Maestro Leoucavallo compone una ópera bufa titulada *Le Chevalier d'Elan*. El libreto es de Armand Silvestre y Henry Cain.

La protagonista es una afamada esgrimista del siglo XIX, que fué Capitán del ejército y cuyo verdadero sexo permaneció en el misterio.

Sus aventuras en Londres y París hicieron mucho ruido en aquella época.